

EL AGUA QUIETA. Poema, por *Jenaro Maldonado*.—Imprenta Gómez, Santiago de Chile.

¿Cómo coger de inmediato, a través de las páginas de un libro, la fisonomía exacta del autor? Tarea sería ésta de un crítico, y de un crítico perfecto (por ahora, hipotético): nosotros sólo podemos ir conociendo sucesivamente, acá y allá, rasgos aislados de su personalidad. Y, por esos rasgos aislados, formarnos al final una imagen de su imagen.

Es decir, nosotros preferimos, mejor, ir gustando libremente, sin sujeción a orden ni a análisis, las cosas más singulares, los gestos más íntimos de la fisonomía simpática del escritor. Nosotros preferimos, por ejemplo, en un poeta, más que el propósito ideológico o la unidad duramente estructurada, el verso que se escapa alado de las hojas de un libro, o el concepto que arraiga en él su profundidad. Y por ellos, discernir, simpáticamente. Método deficiente; pero que tiene la ventaja de no ser un método.

Aquí, en el agua quieta de estos poemas, podíamos quizá haber atrapado la figura esencial de *Jenaro Maldonado*; pero la precipitada inquietud del autor removi6 la transparente superficie y nos ha hurtado, alg6n tanto, la lírica intención. Sólo un tanto. Porque, a pesar de que en estos poemas la expresión no logra cuajar bien la idea y de que el sentimiento se deshace en menudos efectos fugitivos, en vez de concentrarse y reconcentrarse al fondo mismo de cada poema, los versos, claros, musicales, y algo quebradizos, de *Jenaro Maldonado*, tienen una armonía interna que ata las discontinuidades superficiales. Y esa interna armonía, que es fuerza sentirla, porque escapa al somero análisis, nos da la impresión de que este joven poeta portorricense, que ahora nos entrega a nosotros, accidentalmente, su primer libro, es un poeta de calidad, un poeta hecho y derecho; acaso un poco en agraz todavía y con un aliño en la forma un tan-

to desaliñado; pero que lleva en la médula la savia reveladora de la poesía.

Es lo natural. Se comienza a andar con pasos afectados e inseguros; después la experiencia le da donaire y le da fuerza al movimiento. Así este poeta, que tiene por ahí versos febles aun, o faltos de medida o equilibrio:

«Quién dice que el futuro no hará con el decoro
de mi canción un velo que cubra mi desdoro . . .»
(*Tríptico, II*; pág. 25).

.....
«La joven Primavera, que todo amor escuda,
tarareaba por la voz de un surtidor».
(*Encontrábame Absorto*; pág. 29).

.....
«Síntesis de mi fuerza, pedazo de mi seso,
de lo Desconocido hacia mí vienes viajando
en un bajel humano: vienes santificando».
(*Soneto de Salut. Prenatal, I*; pág. 33).

Pero adquiere también, su verso, una gallardía libre y a veces, emocionada, aunque sin tribulación:

«Tu verso está tendido, sutil, sobre el abismo
del alma y en él tañe, con leve mano, el viento
eterno».
(*Al Libro*, pág. 11).

.....
«¡Y yo he besado el vuelo celeste de su túnica!»
(*Tríptico, II*; pág. 25).

.....
 «Te tomaré en mis brazos, como quien toma en ellos
 un ramo de jacintos

(Exhorto; pág. 51).

Hermosos, muy hermosos, a nuestro parecer, estos versos últimos. En ellos florece, delicado, como un ramo de jacintos, el sentimiento. Así como en el anterior se lanza la imagen, vibrante de emoción, hacia el espacio.

Pero estos arranques que son muy numerosos todavía en este primer libro de Jenaro Maldonado. Generalmente, el verso se sostiene a una altura media, a media fuerza, aunque seguro y bien manejado. Y con claro rumbo. Como final, vamos a reproducir este bien cincelado Envío, poesía inicial de «El Agua Quieta.

ENVÍO

Como vivo en Dionisos y Jesús es mi amigo
 y creo en Pan, y beso la cuenca del ombligo

de Venus, sin que vede mi Dios lo que el bicorne
 me da, te envío ahora—¡que tu pecho la exorne!—

esta cristiana rosa con perfume pagano.

¡Y que se pose en ella, como otra flor, tu mano!

(Pág. 7).

Bien. Antaño al poeta se le llamaba «vate»; es decir, adivinador. Ahora, también el crítico debería tener algo de adivino. Nosotros, que tenemos algo de lo uno y que somos un poco de lo otro, vamos a vaticinarle a Jenaro Maldonado, por este libro, que no nos gusta completamente, un lugar señalado en la futura poesía americana.—GMO. KOENENKAMPF CISTERNAS.